

“EL DANUBIO” (CLAUDIO MAGRIS): UNA EXPERIENCIA INTERDISCIPLINAR EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

BEL BRAVO, María Antonia

Departamento de Antropología, Geografía e Historia, Universidad de Jaén
Jaén, España
mabel@ujaen.es

Resumen

Se puede evaluar la competencia investigadora de un alumno de Historia de muchas formas. Una de ellas es la que he puesto en marcha hace tres años, y que está dando buenos frutos. Se trata de que el alumno lea atentamente la obra de Claudio Magris “El Danubio”, y a partir de ella visualice personajes, hechos históricos, obras (literarias, artísticas, filosóficas) y aspectos de la vida cotidiana (tradiciones, folklore, etc.) de todos los países que atraviesa el río. Inmediatamente debe colocar todos esos conocimientos en una perspectiva correcta espacio-temporal, para más tarde conectarlos entre sí y con todo lo que previamente sabe acerca de ellos; y, lo que es más importante, con lo mucho que desconoce y sería conveniente que conociera.

Aprenden a pensar que no es otra cosa que conectar ideas, y además logran una formación humanística integral que es el objetivo principal de la “nueva” historia cultural (enfoque historiográfico del que parto): la cultura desde este enfoque no consiste en extenderse a todo el saber por la superficie, ni en parapetarse en una sola especialidad, sino en cavar en el lugar donde se encuentra uno hasta alcanzar la galería cavada por el vecino y ver entonces la convergencia de todos estos esfuerzos..

Palabras clave: Historia, Literatura, Competencias, Interdisciplinariedad.

Abstract

“Danube” (Claudio Magris): an interdisciplinary experience in the historical research

You can evaluate the research competence of a student of history in many ways. One is that I have launched three years ago, and is bearing fruit. It is the student carefully read the work of Claudio Magris "Danube", and from this display characters, historical events, works (literary, artistic, philosophical) and aspects of everyday life (traditions, folklore, etc.) all countries spanning the river. Must immediately put all that knowledge into a space-time, correct perspective to later connect with each other and with everything previously known about them; and, what is more important, so much to know and it would be known.

They learn to think it is nothing to connect ideas, and also achieve a comprehensive humanistic education is the main objective of the "new" cultural history (historiographical approach to delivery): culture from this approach is not to extend to all knowledge across the surface, or hide in one specialty, but dig at the site where one reaching the gallery dug by the neighbor and then see the convergence of all these efforts

Keywords: History, Literature, Competences, Interdisciplinarity.

1. Introducción

¿Estamos, como defiende Donald Kelly, ante un verdadero “giro cultural” en los estudios históricos? ¿Se puede entender, como sugiere Burke, la historia cultural como una forma de historia total? ¿Es posible la interdisciplinariedad? Estas y otras preguntas se hacían en 1996 algunos historiadores reunidos en El Escorial y también nos las hacemos muchos otros aunque no estuviéramos allí, porque está claro que en los estudios históricos de los últimos tiempos se está gestando un decisivo cambio. Si en los años cincuenta los campos historiográficos más atractivos para los historiadores fueron la historia económica y la historia demográfica, y ocurrió lo mismo en los sesenta y setenta con la historia social, durante los últimos treinta años la historia cultural (en el sentido más amplio del

término) es el territorio, si no más cultivado, sí más influyente de nuestra disciplina. Pero este cambio no se está produciendo sin resistencias ni profundas oscilaciones.

2. Breve balance historiográfico

Las bases de la historiografía tradicional rankeana –la confianza en el conocimiento objetivo del pasado, la concepción de la historia como discurso de verdad, la visión lineal y teleológica del devenir humano y social-, fueron puestas en cuestión en los años finales del siglo pasado, como es bien sabido. Pues bien, ese debate se ha continuado y acrecentado en estos últimos años del siglo XX y primeros del XXI, cuyos resultados se podrían sintetizar así:

2.1. Creciente desconfianza en el objetivismo y en las “fes unificantes”

En los últimos treinta años hemos asistido al derrumbamiento de los grandes paradigmas objetivistas que apuntalaban a las escuelas historiográficas dominantes: la famosa Escuela francesa de los Annales, la historiografía marxista o la historiografía liberal británica. Simultáneamente a ese desplome han proliferado, como nunca antes, todo tipo de estudios históricos y de líneas de investigación tales como la microhistoria, la historia oral, la historia de la vida privada, la historia de las mentalidades, la historia de las mujeres, etc. Esta multiplicidad de caminos y de orientaciones ha vuelto a poner sobre el tapete la cuestión central de si es posible lograr un conocimiento objetivo sobre el pasado, sobre la sociedad, sobre los procesos de cambio.

En este contexto “el historiador más que explicar el pasado, lo interpreta, consciente de que su interpretación está afectada también de historicidad, lo que le descarga de todos los malentendidos acerca de misiones trascendentales. Esta demolición de la teoría que planteaba la existencia de un principio unificador de carácter universal que daba sentido al proceso evolutivo de las sociedades humanas, causó desconcierto entre los historiadores.

Había llegado el “fin del sentido emancipador de la historia”, al que aludía en una inteligente obra el filósofo G. Vattimo¹, la visión cristiana de la historia, la idealista, la positivista y la marxista habían perdido su fuerza como “fes unificantes”; y esta pérdida ha traído consigo una “secularización del progreso”: “Si hemos de definir hoy el progreso hemos de hacerlo como camino, como desarrollo hacia una condición en la que será posible un progreso posterior. Desarrollo hacia otro desarrollo y nada más”². Este vaciamiento de la noción de progreso es el resultado del progreso mismo en la medida en que esto ha significado el desplegarse de una multiplicidad de culturas, de sistemas de valores que han hecho imposible identificar el progreso con el desarrollo de un determinado ideal de hombre, el ideal europeo-occidental.

Así pues, mientras que en los años 50 y 60 los historiadores se sintieron atraídos por modelos de explicación histórica más o menos deterministas, actualmente se prefieren modelos que atiendan a la libertad de elección de la gente, a su capacidad para sacar partido a las incoherencias de los sistemas sociales y políticos³. Se imponen la interdisciplinariedad y el recurso a documentos y fuentes de muy diversa índole.

Por otra parte, tradicionalmente la Voz de la Historia era una voz dotada de autoridad para instaurar la verdad con su sola palabra, a menudo palabra casi de oráculo, porque el historiador borraba toda huella de la enunciación para obtener, como decía Barthes, una absoluta transparencia que condujera directamente de las palabras a la realidad, a los hechos. Las nuevas tendencias del discurso historiográfico han invalidado este esquema y tienden, como explica Giovanni Levi sobre la microhistoria a “incorporar al cuerpo principal del relato los procedimientos de la misma investigación, las limitaciones documentales, las técnicas de convencimiento y las construcciones interpretativas. Este método rompe claramente con la forma tradicional, impositiva, autoritaria, del discurso adoptado por los historiadores, quienes presentan la realidad como objetiva. En estos momentos, la voz monolítica de la Historia, que ocultaba sus dependencias ideológicas, sus servidumbres hacia el

¹ G. Vattimo: *El fin de la Modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Milán, 1985.

² Ibid, p. 12

³ P. Burke: *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza, 2009, p. 32. Original 1991.

Poder, bajo la coartada de la objetividad de datos y documentos, ha sido sustituida por múltiples voces y diversos enfoques”⁴.

En microhistoria, por ejemplo, el punto de vista del investigador se convierte en parte intrínseca del relato. El proceso de investigación se describe de manera explícita y las limitaciones de la evidencia documental, la formulación de hipótesis y las líneas de pensamiento seguidas no se ocultan ya a la vista de los no iniciados. El lector entra en una especie de diálogo y participa en la totalidad del proceso de construcción del razonamiento histórico”.

2.2. El tema/problema de la narración

La narración ha generado en la actualidad un interesante debate semiótico y filosófico al ser valorada no sólo como tipo de discurso que presenta rasgos particulares (objeto de estudio de la narratología), sino fundamentalmente como forma de inteligibilidad, como una estructura sin la cual no es posible aprehender el carácter temporal de la existencia humana, ni comprender los sistemas de creencias que organizan una sociedad y orientan la acción de los individuos, configurados también bajo formas narrativas.

Como se recordará, la llamada “nueva historia” cuyo más significativo exponente sería la escuela de los Annales quiso prescindir de la narración en la medida en que no aceptaba la visión de la historia basada en acontecimientos. Pretendían una historia de estructuras, de cantidades, en la que ya no había héroes sino entidades anónimas y abstractas; la temporalidad no era la de la conciencia sino otra construida y jerarquizada y, en fin, frente al carácter autoexplicativo de la narración oponían la capacidad explicativa de un conocimiento verificable y seguro. Paul Ricoeur en su fundamental estudio “Tiempo y narración”⁵ ha desmontado esos presupuestos subrayando que incluso esa historia estructural se apoya en las fórmulas que regulan la narración.

El hecho de que la historia se configure en estructuras narrativas implica que los hechos realmente sucedidos han sido seleccionados por el historiador e inscritos en una trama que los ordena, los jerarquiza y les confiere un sentido (ideológico, político, moral). La narración no copia la realidad, sino que la vuelve inteligible. De este modo la narración histórica y la narración ficcional obedecen a los mismos mecanismos estructurales y solo se diferencian pragmáticamente.

En los dos casos estamos ante construcciones de realidad, elaboraciones discursivas, cuya definición no se plantea ya en el nivel ontológico sino pragmático, es decir, en el territorio de los pactos y de las funciones atribuidas culturalmente a los discursos. La narración histórica queda sometida a la verificación, al contraste, a la refutación, y el historiador asume ante sus lectores una responsabilidad moral y epistemológica; en este sentido historiadores como R. Chartier⁶ siguen defendiendo el compromiso del historiador con proporcionar un conocimiento lo más riguroso y fidedigno posible del pasado y este objetivo es el que determina las operaciones específicas de la disciplina.

3. La Literatura, fuente olvidada

El recurso a la literatura resulta ya imprescindible para abordar el estudio de la historia en cualquiera de sus aspectos, ya sea el político-institucional como el económico o cualquier otro, y de las relaciones que sus hombres protagonizaron en el seno de los distintos espacios sociales. Hoy prácticamente todas las ciencias humanas coinciden en señalar la importancia de su presencia en esta labor. Cuanto más desde la historia, ocupada en aspectos a cuya complejidad intrínseca se añade la distancia temporal que nos separa de los sujetos en cuestión. No en vano la literatura ha sido siempre el marco preferido para la descripción -para nosotros transmisión- de temas clásicos como el amor, las relaciones personales, las formas de educar, etc. reflejando el “quehacer” en este sentido de los personajes que el autor inventa o recrea. Pero no sólo para estudios sobre la política o la economía, obviamente, sino para toda la historia social en su conjunto y, dentro de ésta, particularmente para cuestiones relacionadas con la vida cotidiana, formas y ritmos de vida, usos y costumbres -viejos y nuevos, y sobre todo en los procesos de cambio-, mentalidades, conductas,

⁴ G. Levi: “Sobre Microhistoria” en *Formas de hacer Historia*, ob. cit., p. 136.

⁵ P. Ricoeur: *Tiempo y narración*. México, Siglo XXI, 1995.

⁶ R. Chartier: *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza, 1993.

actitudes, etc.⁷ Todo ello puede dotar de una nueva dimensión al conocimiento de la sociedad en un período concreto, como ponen de manifiesto un número creciente de obras⁸.

No obstante, hasta fechas muy recientes los historiadores no han acabado de aceptar el empleo de fuentes literarias para sus análisis. En la actualidad, dentro del contexto generalizado de reivindicación de la subjetividad, el debate acerca de la oportunidad o validez de las fuentes ya está abandonado o pasado de moda. Pero esto no quiere decir que todavía no siga habiendo cierta inseguridad sobre las fuentes literarias. Se objeta contra ellas el hecho de que giren en torno a la ficción. En su defensa, por el contrario, hemos de convenir que el tejido existencial recreado en las obras literarias procura reflejar la sociedad del momento histórico en que fueron escritas. Para el escritor siempre sería más fácil “transcribir” lo que vive, y en cuyos dominios se encuentra inmerso, que inventar algo diferente.

Por otro lado el hecho de que podamos leer las obras literarias dando por ciertas las ideas que expresan significa, a nuestro entender, que su contenido debería tener significado en un determinado contexto histórico. Sin olvidar que la literatura ha sido en todo tiempo la expresión más vital de la experiencia humana, el mejor registro de sus aspiraciones, éxitos y fracasos. Por lo demás, la relación sociedad-literatura no es unívoca. Se trata de una interrelación en la cual las circunstancias históricas influyen en la literatura, al tiempo que ésta incide a su vez en la sociedad⁹.

Menos duda cabe aún en asentir que los códigos de mentalidad transmitidos en las páginas literarias obedecen, por completo, a las concepciones que circundaban al autor, y ante las cuales éste siempre se ha sentido incapaz de permanecer insensible. En particular quedaría reflejada la idea que las personas tienen de sí mismas y de su papel en lo cotidiano. Lógicamente la imaginación no sólo puede transformar una experiencia, sino que también puede inventarla y desarrollarla como si se hubiera vivido o se estuviera viviendo. Pero en lo que se refiere a los fines de una concepción vital, una experiencia imaginada por un escritor no es menos “cierta” y “sincera” que una “real”. Hasta es probable que sea más significativa, puesto que añade toda su propia filosofía de la vida, adquirida por aprendizaje, contemplación y vivencias.

Todo esto puede permitir que el historiador se sitúe en el contexto cuyo espejo roto, con tantos cristales dispersos, trata de restaurar en una visión globalizadora. Indudablemente encuentra un mayor número de soportes para su obligada tarea de obtener conceptos, toda vez se acepta un espacio propio para la dimensión interpretativa en el trabajo de las ciencias sociales. Lo cual no exonera en absoluto de la confrontación documental. Antes bien, las fuentes literarias deben ser utilizadas junto con otro tipo de documentación histórica -puesto que generalmente se complementarán-, y con un método capaz de contrastar diversas aportaciones.

Por supuesto que el esfuerzo requiere precisar las herramientas metodológicas y multiplicar las posibilidades de análisis e interpretación de los datos extraídos. La temática de la ficción se agiganta ante nuestra mirada por su ambigüedad, complejidad, versatilidad, sensibilidad, etc. En definitiva, por pertenecer al horizonte creativo y simbólico del propio escritor, y por concurrir en ella la extraña paradoja de estar radicada, en realidad, más en el mundo de las sensaciones mudas que en el de las verbalizaciones -deseabilidad social, fiabilidad del pensamiento, ambigüedad formal, etc.-. Hasta es posible detectar la autoadulación del escritor por la calidad de su lenguaje -que puede ser desde poderosamente expresivo hasta intelectualmente débil o emocionalmente soso-, la hipocresía, etc. Aspectos que, a fin de cuentas, también se encuentran dentro de nuestro campo de interés. Todo ello dificulta la investigación empírica según los enfoques tradicionales y, desde luego, evidencia la

⁷ M. A. BEL BRAVO: “El mundo social de Rinconete y Cortadillo”, en *Studia Aurea. Actas del III Congreso de la AISO, III (Toulouse-Pamplona, 1996)*, pp. 45-53.

⁸ No vamos a entrar en una relación pormenorizada. Por ejemplo, J. A. MARAVALL ha dedicado gran parte de su obra al estudio de la historia social y de las mentalidades con base en fuentes literarias. Prueba de ello es, entre otras, *La literatura picaresca desde la historia social*. Madrid, 1986. También G. GOMEZ-FERRER MORANT: *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*. Oviedo, 1983. La misma autora ha defendido la literatura como fuente para la historia en repetidas ocasiones; véase M. A. BEL BRAVO y M. LOPEZ MUÑOZ: “Vida y sociedad en la España del siglo XVII a través del ‘Coloquio de los perros’ de Cervantes”, en *Anales Cervantinos, XXIX (Madrid, 1991)*, pp. 125-166; y M.A. BEL BRAVO: “Un ejemplo de historia a través de la literatura: La Gitanilla”, en *Guadalbullón, V-7 (Jaén, 1992)*, pp. 5-19.

⁹ M. A. BEL BRAVO y M. LOPEZ MUÑOZ: “Vida y sociedad...”, *ob. cit.*, p. 126.

imposibilidad de acceder a su conocimiento sólo a partir de técnicas cuantitativas, que ya hace tiempo se mostraron poco idóneas para muchos de los elementos sobre los que pretendían actuar.

Por otra parte, la literatura siempre ha estado íntimamente asociada a las ideas y las emociones que han ido constituyendo "concepciones vitales". En el más amplio sentido, y de forma no especializada, ha estado asociada a la filosofía en cuanto interpretación de la existencia; esto es, al sistema que elabora una persona para regir su vida -entre las posibles definiciones-. Pero esta exploración del pensamiento y los sentimientos humanos, en relación con el encauzamiento de la vida individual, no tiene razón de ser cuando excluye su impregnación por el sentido del valor, de corrección e incorrección, de la bondad y maldad de sentimientos y actos.

4. Claudio Magris y su obra el Danubio

El autor escogido para nuestra experiencia docente e investigadora define así su libro: "...es un libro de frontera, un viaje en busca de la superación y el atravesamiento de lindes no sólo nacionales, sino también culturales, lingüísticas, psicológicas; fronteras de la realidad externa, pero también del interior del individuo. Se trata de un viaje difícil, que conoce puertos felices pero también naufragios y fracasos; el viajero danubiano a veces es capaz de superar la frontera... otras veces, en cambio, no es capaz de dar este paso y se encierra en sí mismo, víctima de sus propios prejuicios, de sus fobias e inseguridades".

A lo largo del río Magris enlaza la Historia, la Política, el pasado y el presente. Toda Europa, reflexiona el protagonista-viajero, es una civilización de la defensa, de las barreras, del querer protegerse del mundo que amenaza. El miedo a no ser, el miedo a no existir, a perderse en la vasta y variada realidad, hace que se utilicen defensas de cualquier tipo: los informes, los libros y hasta la misma casa.

El viajero llega al limes, que antaño marcaba los confines del Imperio Romano, la frontera entre la civilización y los bárbaros. Más tarde Roma reveló su cara oculta de poder y de voluntad de predominio, mientras los "bárbaros" fueron los hacedores de la nueva Europa. La Historia enseña que nada es eterno e inmóvil. Cada cosa tiene su momento y su tarea por cumplir. La frontera de la que ahora quedan pocas piedras que ya no dicen mucho tampoco a los que viven allí cerca, sirvió en su época para definir contornos, para dar forma y consistencia a un mundo que ya no existe. Pero nuestra historia, nuestra civilización, nuestra Europa son hijas de este limes. Esas piedras explican el gran pathos de la frontera, de la necesidad y capacidad de limitarse y de darse forma. El imperium es contención, defensa, parapeto contra la barbarie de lo indistinto, individualidad...

Así pues, en su obra Magris cumple todos los requisitos de la nueva historiografía:

No es objetivista: la historia es abierta y flexible: el río con la sinuosidad que le caracteriza es reflejo de la vida

Apuesta por la narración como mejor manera de hacer inteligible la realidad

Es un trabajo interdisciplinar

Para lo cual utiliza muchas fuentes: documentales, literarias, artísticas.

Y para quienes concebimos la historia indisolublemente unida al estudio de las razones que movieron a los hombres y a las mujeres de ayer a actuar de una determinada manera, la extraordinaria relevancia de El Danubio, el elevado grado de interés de sus páginas, procede de las muchas pistas, sugerencias, matices, temas que aporta este libro para el estudio de la condición humana en los siglos de la Modernidad.

La indagación sobre los orígenes del río se convierte en una interrogación sobre los orígenes de Europa.

- ¿Se remontan estos orígenes a la concepción universalista del Sacro Imperio Romano?

- ¿Se encuentran, por el contrario en la concepción pluralista que traza el mapa de la Europa central alemana –magiar-eslava-romana-hebraica?

En definitiva, en la pregunta por los orígenes se plantea la identidad europea.

**En un primer nivel de competencias, exigiríamos al alumno:

Identificación espacio-temporal de los personajes, los *lugares* y *los temas*.

Se trata de mera cuantificación y descripción. Es, como decimos, un primer nivel de competencias para la evaluación del alumno.

**En un segundo nivel:

Los problemas históricos que se plantean en el texto: identificación espacio-temporal y documental.

Cómo (cuál es el enfoque) y dónde (en qué obras) los tratan las distintas disciplinas: literatura, arte, historia, geografía, filosofía, etc.

Se trata de que los conecten con lo que ellos ya sabían, y detecten lo que desconocen y sería conveniente que conocieran. En este nivel de competencias se valora sobre todo la erudición.

**En un tercer nivel se pediría:

Profundizar en algún aspecto que se ha detectado como desconocido, también con carácter interdisciplinar.

Ejemplo: la teoría de Alemania como guía de Europa, escenificada en la pugna entre el Rin y el Danubio. Para ello se puede leer a Heidegger (filósofo), Celine (literato) y Srbik (historiador) entre otros muchos.

**Por último, en un cuarto nivel, se pediría al alumno que estableciera:

Conclusiones: opción razonada, y apoyada en fuentes concretas, por alguna de las opiniones vertidas en el libro (o capítulo) acerca de la identidad europea en la crisis de la Modernidad.

Es decir, un acercamiento hermenéutico, que nos ayudaría a valorar capacidad investigadora del alumno.

5. A modo de conclusión

Estas páginas no son más que un intento de renovación de los programas académicos de Historia que están, en muchos casos, anquilosados y aferrados a Manuales de dudosa utilidad, ya que únicamente valoran la erudición que un alumno universitario pueda adquirir a lo largo de la carrera. La instrucción es importante, ¡qué duda cabe!, pero, a mi juicio, deberíamos apostar un poco más por la cultura, que supone instrucción, claro está, pero que no se apalanca en ella, sino que fomenta en el estudiante actitudes interdisciplinares, profundización en los conceptos, cultura, en definitiva.